

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 117.

Alicante 15 de Febrero de 1873.

Año IV.

EL CAPÍTULO VIII DE SAN LÚCAS.

Bella es la página del Evangelio que la Iglesia pone á la consideracion de los fieles en el dia de mañana, Dominica de Sexagésima: esto es, el domingo que precede á los seis que se cuentan hasta el Domingo de pasion.

Como de ordinario acontecía, una gran multitud rodeaba al Salvador; Este hablaba del reino de los cielos, y comparaba la marcha del hombre á su destino final por el camino de la verdad y la fé, á la suerte de una semilla arrojada sobre la tierra para que fructifique.

La *palabra eterna*, semilla caida en el corazon del hombre para desarrollar en él los frutos de la virtud, tiene diversa acogida segun la disposicion del terreno sobre que cae. Unas veces viene sobre un corazon que la sacude y la arroja fuera de sí, menospreciándola, y viene ella á ser pasto de las aves del cielo; otras, es aceptada con simpatia y amor; pero sin encarnar profundamente en lo íntimo de ese corazon, para que pueda levantarse nutrida y creciente: así es que, al

elevarse algun tanto, el cálido viento de las pasiones que la combate, el escaso influjo de un rocío celestial, que bajar debe atraido por la oracion constante y el propósito firme de una voluntad inquebrantable, amarillea, la hacen palidecer y muere; otros, escuchan aquella eterna ó divina palabra con ánimo de cumplirla; mas distraidos con los afanes de la vida, los intereses de la conveniencia temporal, la dejan tan sofocada entre mil espinas que la embarazan, que no llega nunca á crecer ni mucho menos á fructificar. Hay, en fin, y ha habido siempre, corazones rectos, tan admirablemente dispuestos, que al caer en ellos esa sagrada semilla, es allí guardada tan cuidadosamente, que crece y fructifica multiplicándose en óptimo fruto, merced á una perseverante paciencia.

Esa preciosísima semilla de la palabra de Jesús no cesa de caer constantemente sobre los hijos de la tierra; ella vivifica el espíritu del hombre, á la manera que el sol con su luz y su influjo contribuye á vivificar su cuerpo y á fecundar el pan de su vida. Ese sol que cam-

pea en el espacio alumbrando el universo, es la mas acabada imágen del amor divino derramando sobre todas las almas sus gracias y sus bondades.

Ciega la humanidad, esclavizada por indómitos apetitos, cierra muchas veces sus ojos, y no vé la brillantez de esa luz divina; endurece su corazon, y no siente el calor de su fuego; sumerge al alma en un mar de liviandades, y no la deja percibir la suave y delicada felicidad de las secretas dulzuras de la gracia.

La predicacion de Jesús por Palestina, es un panorama completo de la suerte de su palabra en el discurso de los siglos. *Tus palabras son de vida*: decian unos. *Tu tienes demonio*: decian otros: y la *palabra* era tan divina en la primera ocasion como en la segunda. Los principales de los judios le tenian envidia: pasion de ruines, y le expiaban para acusarle y matarle, mientras de pueblos distantes venian para escucharle y recibir la salud, alejándose bendiciendo su nombre. Una vez, por virtud de su omnipotencia, desapareció instantáneamente de la vista de los judios, por que habian resuelto matarle á pedradas: mientras en otra ocasion desaparecia, porque iban á aclamarle rey con sin igual entusiasmo. La misma virtud, la misma eficacia, la misma autoridad tenia su palabra cuando la multitud atronaba los aires con sus aplausos, que cuando resonaba el grito de repro-

bacion y de muerte levantado por sus enemigos. ¿Dónde estaba el inconveniente y el obstáculo para que aquella palabra influyera de un modo igualmente feliz, en todos aquellos que tenian la fortuna de oirla? Donde está siempre: en el corazon sembrado de pedriscos y erizado de espinas.

Despues de la redencion, sigue derramándose con abundancia la celestial semilla á la faz de los siglos, y sufre entre las gentes las mismas alternativas que sufrió entre los judios. Unos la menosprecian, otros la reciben con indiferencia, y muchos la guardan con amor. Constantino y Theodosio eran emperadores y doblaban la cerviz al evangelio; Juliano apostataba del Evangelio y declaraba la guerra á Jesús el Galileo. Arquímedes era sábio y creia en la palabra de Dios, y Voltaire se mofaba de las santas Escrituras á título de gran filósofo. Ayer mismo negaba Renán la divinidad de Jesucristo y la autenticidad de los Evangelios, como fruto de sus profundos estudios, mientras los sabios mas renombrados de Francia hicieron gloriosa ostentacion de hijos del Evangelio, y aun hay actualmente quien ha convencido á Renán de ignorante en las lenguas orientales, confundiéndole en la série de contradicciones en que incurre.

¿Qué tiene esa palabra que un sábio la acepta y otro sábio la rechaza, un soberano la acoge y otro la persigue, un ignorante la cree

con ceguedad absoluta y otro ignorante la insulta con grosera y escandalosa y vulgar blasfemia? ¿Qué? Que esa palabra es el reino de Dios, incompatible con la arrogancia y con la soberbia, incompatible con la avaricia, con la sensualidad, con la envidia; en una palabra, es el reino de Dios que destierra de sus dominios todo corazón depravado por cualquiera de las pasiones que en él suelen anidarse, cualquiera de los vicios que le manchan, cualquiera de los apetitos que le envilecen. Es el reino de Dios á la sombra de cuya bandera no puede refugiarse el cobarde que vive sin luchar contra el desorden interior de esas pasiones y apetitos; sinó que viene á aquellos que, esforzados y valientes, se vencen á sí mismos sofocando la corrupcion de su carne. Poco importa que el que rechaza la palabra divina sea sábio, poco que sea poderoso: poderosos y sábios cuenta la fé cristiana á millares.

El terreno donde vá á parar esa semilla divina no está sinó en el corazón del hombre: si le encuentra lleno de vanidad, no cabe; si le halla sediento de placeres terrenales, no crece; si le inunda al encontrarle vacío de ambiciones pasajeras, pequeñas ó grandes, hambriento de vida eterna y de verdad, allí se sepulta para crecer potente ostentando la gracia y la bendicion de su Dios.

J. B.

EL VATICANO.

El día 20 Su Santidad, acompañado del cardenal Monaco y de varios Prelados, recibió en la sala Consistorial á una comision de doscientas damas romanas, pertenecientes á la congregacion de María. La princesa de Arsoli leyó un elocuente mensaje en nombre de todas, al que contestó el Papa en los siguientes términos:

Puesto que pertenecis á una congregacion de Maria, nada mejor puedo hacer que recordaros un consejo que nos viene de la misma Maria, y que se encuentra precisamente en el Evangelio de ayer, donde se trata de un banquete nupcial.

Jesucristo, que queria santificar el matrimonio y elevarle á la dignidad de sacramento, habiendo sido convidado á un banquete, no se negó á asistir.

¿Qué sucede? En medio del festin la alegria se cambia en tristeza, porque faltó vino, y no habia medio de procurárselo al momento. Pero Jesucristo, siempre amable, quiso hacer el milagro de cambiar el agua en vino. ¿Pero á instancias de quién concedió esta gracia? A instancias de Maria, su madre. Ella fué quien la pidió á su divino Hijo, y ella quien dió á los criados de la casa las órdenes y disposiciones relativas al milagro que iba á hacerse.

Aquí hay que hacer una importante observacion, y deseo vivamente, mis queridas hijas, que nunca la perdais de vista; esta observacion se refiere á las palabras de que la Virgen santísima se sirve en esta ocasion. ¿Qué dijo á los hombres de

la casa que aguardaban sus órdenes y las de su Hijo? *Quaecumque vobis dixerit facite*. Haced inmediatamente cuanto os diga que hagais. Habiendo sido Jesús obedecido al instante, cuando mandó que le trajesen ánforas llenas de agua, cambió en seguida en vino el contenido.

Pues bien, hijas mías, María nos repite hoy á mí, á vosotras y á todo el mundo: *Quaecumque vobis dixerit facite*. Jesucristo nos ha dicho tantas y tan buenas cosas, que si meditamos como conviene toda su enseñanza, siempre encontraremos alguna cosa nueva que hacer para nuestro bien temporal ó espiritual.

Debemos, pues, procurar seguir siempre á Jesucristo lo mas de cerca que nos sea posible, perseverar hasta el fin en seguir sus huellas; sin esto corremos el riesgo de perderle de vista, y de no saber cuales son sus deseos y sus consejos. Debemos seguirle, lo mismo en la alegría que en la tribulación, porque solo en El debemos poner nuestra confianza; El es quien viene en ayuda de nuestra debilidad; El es el que nos concederá un día la gracia de volver á ver el sol mas esplendente que ahora, la terminación de los temblores de tierra y la calma restablecida en el órden físico no menos que en el órden moral.

Esto era lo que tenia que deciros, mis queridas hijas, y dicho esto, debo daros gracias por los regalos que me habeis traído, y además mi bendición. Bendigo á todas las personas aquí presentes y á sus familias, rogando á Dios que os conceda todas las aptitudes especiales de que necesitais para dirigir al bien las niñas que teneis bajo vuestra guardia. Que la gracia de Dios descienda sobre vosotras y

haga fecundas vuestras excelentes intenciones y vuestros trabajos; que os acompañe hasta vuestra última hora, y sea para todos una prenda de encontrarnos un día juntos en presencia del Dios que invoco, para bendeciros durante todos los siglos.

LAS HERMANITAS DE LOS POBRES.

En la ciudad de Valencia, cuna de tantas glorias nacionales, se funda un establecimiento de *Hermanitas de los pobres desamparados*, dedicado al sosten y amparo de la ancianidad desvalida.

Este instituto, análogo al que se conoce con igual nombre, importado de Inglaterra á varias naciones de Europa, en forma y detalles es distinto, habiéndole dado un carácter de severidad y espíritu español el sábio Sr. Arzobispo de Valencia, que es el organizador de esta institución, prez del Catolicismo y honra de la humanidad.

Amigos de las *Hermanitas* y admiradores entusiastas de las obras que ejercen, aplaudimos su propagacion en España, y felicitamos al ilustrísimo señor D. Saturnino Lopez Novoa, dignidad de Chantre de la catedral de Huesca, y excellentísimo Sr. Arzobispo de Valencia que han amparado á las *Hermanitas* y han impreso á su instituto el carácter español, y el espíritu de fé sincera y abnegacion heroica que distingue á las grandes fundaciones de nuestro pais, obteniendo de ahí, con las bendiciones del Señor, la buena acogida en todos los pueblos, y que fecunden toda la tierra

con la sávia religiosa que las engendró y las nutre.

Las instituciones modernas divinizando á la humanidad han ensanchado sus miserias, acreciendo sus necesidades y peligros; fecundas para el mal han sido estériles para el bien, y hoy como ayer las asociaciones católicas, los institutos religiosos se han hecho no solo indispensables, si que tambien de necesidad urgente para sostener al desvalido, para amparar al pobre que la civilizacion moderna arroja de su seno, como victima que repugna á los ojos del verdugo.

En nombre de la religion y de la humanidad, felicitamos al señor Arzobispo de Valencia y á las Hermanitas que van á la ciudad del Turia á recoger en su seno á los pobres ancianos.

LA BENDICION DE TU MADRE.

(Fragmento de un libro titulado:)

Consejos á mi hijo.

Y llegaba ya, hijo mio,
Llegaba el terrible instante!
Y antes de morir, queria
Dar su bendicion de Madre.
Y lo que dijo... ¡ay de mi!
¡Ay de mi...! quiero contarte,
Aun que roto en mil pedazos
El corazon se me salte!
Pero... ¡yo vacilo!... ¡tiemblo!
¡Rebelde la pluma... cae!
¡Nubla la pena mis ojos...!
¡No tengo fuerzas bastantes!!
¡Dios mio! tú, que eres fuerte,

Y que escribir esto me haces,
¡Dame aliento! ¡dame fuerzas!
¡Yo te ruego que me ampires!

«Voy á morir! ¡hijo mio!»
«¿Dónde estás? ¡ay! ¡acercadle!»
«Ya que no le ven mis ojos,»
«Ya que no puedo abrazarle, (1)
» ¡Dejad que el último beso»
«Le dé á lo menos su Madre!»

Yo, que te estrecho en mis brazos,
Voy á su lecho acercándote...
Y ella... ¡inmóvil! mas sus ojos
En torno girando errantes...
¡Verte ansia! y ¡no te vé!...
¡Y no te vé! ¡infeliz Madre!!

Los que tal cuadro contemplan
Su pena ocultar no saben!
Y si todos sufren tanto....
¡Cómo sufrirá tu Padre!!
Tu labio acerco á su labio,
Y estremecida al tocarle,
Parece que en un suspiro
Su vida toda se exhale!

Y alzando al cielo los ojos,
Con la pura fé de un Angel,
Con la dulce paz del justo,
Y resignacion del mártir,
¡Con voz del alma!.. así dice,
¡Su postrer «adios» al darte!
Y mientras bañar parece
Divina luz su semblante:
«¡Yo te bendigo, hijo mio!
«¡La Virgen será tu Madre!»

(1) Estaba ciega y paralítica.

«¡Madre de mi corazón!»
«¡Es hijo tuyo!... ¡amparadle!»

Tal dijo... y aquí dejando,
De frágil barro, la cárcel,
¡Al cielo voló aquella alma!
¡Al cielo voló aquel Angel!

¡Hijo mio!... ¡nunca olvides
La bendición de tu Madre!

Miguel Amat y Maestre.

LOS MÁRTIRES.

El establecimiento de la religión cristiana es evidentemente la obra de Dios. ¡Qué empresa mas sorprendente que la de cambiar el culto de las pasiones deificadas con el de un Dios pobre, humillado sobre una cruz!

Once hombres desconocidos en su patria, sin mas ambicion que la gloria de sellar con su sangre la fé que predicán, verificaron esta grande y prodigiosa mudanza. ¡Por la efusion de su sangre, por los mas atroces dolores y tormentos, se propagó esta religión divina! Pedro enseña la cruz, y con el pié derribó los falsos dioses. En su primera predicacion se convierten tres mil judios, cinco mil en la segunda. El número de fieles aumenta todos los dias; y aquellos hombres, aquellas mujeres, aquellos niños regenerados por el bautismo, presentan al mundo el espectáculo de la virtud mas pura y mas perfecta.

La persecucion contra la Iglesia de Jesucristo no termina con la vida de los Apóstoles; continuaron todas las potestades de la tierra durante trescientos años en hacerle la guerra.

Se cuentan durante este intervalo de tiempo diez persecuciones suscitadas por los edictos de los emperadores: hay una multitud innumerable de cristianos de toda condicion, de todo sexo, de toda edad, que han padecido los tormentos y la muerte por dar testimonio de Jesucristo. No pueden oirse sin estremecerse las crueldades que contra ellos se ejercieron, los diversos suplicios que se inventaron para atormentarlos. Se les tiende sobre un caballete con cuerdas atadas á los piés ó á las manos: se les cuelga por las manos, despues de haberles puesto pesos enormes en los piés; y en este estado se les azota con varas y látigos con puntas de acero, se les destroza con garfios de hierro hasta descubrir los huesos y las entrañas. Cuando no espiran en estos tormentos, para hacer mas dolorosas sus llagas, les echan en ellas sal y vinagre, y las vuelven á descubrir cuando comienzan á cicatrizarse. Despues envian los mártires á la prision para experimentarlos por mas largo tiempo, para atormentarlos en mas diferentes veces. Las prisiones mismas eran otra especie de suplicio: eran los calabozos mas hediondos y oscuros: colocaban cadenas en sus piés ó en sus manos: metian sus cabezas en grandes cepos de madera, ó se los ponian en los piés para tenerlos levantados ó separarlos cuando estaban echados sobre la espalda. Algunas veces sembraban sus calabozos de fragmentos de vidrio, y los echaban en él enteramente desnudos

y destrozados por los azotes: otras veces dejaban que se pudriesen sus llagas, todo con el fin de volverlos á atormentar de nuevo. Se prohibia ordinariamente dejarlos hablar con nadie, porque se sabia que en aquel estado convertian á muchos infieles, aun á los carceleros y soldados que los custodiaban. El suplicio que terminaba todos aquellos tormentos, era el de cortarles la cabeza, ó quemarlos vivos, ó arrojarlos á la mar, ó desde lo alto de las rocas, ó entregarlos á las fieras.

Los mártires permanecieron firmes é incontrastables en medio de los mas largos y los mas vivos dolores: los mismos tormentos parecian redoblar su valor. No eran solos los hombres los que mostraban una constancia tan admirable: eran delicadas mujeres y débiles niños: tan poderosa era la gracia de Jesucristo que interiormente les fortificaba. Ábrase la historia eclesiástica, y allí se verán ejemplos de valor, no solo superiores á las fuerzas humanas, sino superiores á toda admiracion. No puede leerse sin asombro lo que han sufrido los mártires de Lyon y de Viena en el imperio de Marco Aurelio; lo que cuenta el historiador Eusebio de los mártires de la Palestina, y Prudencio de los de España.

Todos aquellos generosos atletas han padecido, con una paciencia invencible, tormentos, cuya sola narracion es horrenda. Algunos los padecian con alegría; caminaban ellos mismos al suplicio: temian que los perdonasen.

¿De dónde provenia este invencible valor en los héroes del Cristianismo, que les hacia desafiar los tormentos y la muerte? ¿Quién les daba aquella fuerza

superior á todo lo que la crueldad de los tiranos pudo inventar? No hay que dudar: aquella fuerza y aquel valor no podian provenir sino de Dios: tal constancia no es natural en el hombre: era preciso que una virtud divina sostuviese su debilidad natural.

La religion que los mártires han cimentado con su sangre es, pues, una religion divina. Jamás hubiera podido triunfar, si una mano todopoderosa no la hubiera sostenido contra tan violentos y tan multiplicados ataques: empero Dios la hizo triunfar del furor de sus enemigos. Todos los esfuerzos, que hubieran debido causar su ruina, no han hecho mas que afirmarla. Cuanto mas crueles eran las persecuciones, mas progresos hacia la fé. La sangre de los mártires era cual una fecunda simiente que producia nuevos cristianos: y el mundo entero, después de haber perseguido con furor á los discípulos de Jesucristo, se puso por último de su lado y abrazó la fé.

En una magnífica epopeya en prosa, el ilustre autor del *Genio del Cristianismo*, Chateaubriand, ha trazado con grande elocuencia de lenguaje las persecuciones y las luchas inmortales de los mártires confesores de la fé. Antes de reproducir las hermosas páginas con que termina aquel poema épico, recordemos el asunto de aquella vasta composicion.

«La dulce y bella Cimodocea, hija de Demodoco, último vástago y sacerdote de Homero, atraviesa el bosque Taygeto al volver de la fiesta de Diana-Limnatida. Consagradas á las musas desde su infancia, con la mente llena de imágenes y poéticos recuerdos, la jóven sacerdotisa se estravia á la entrada de la noche, y

en su turbacion invoca el socorro de todos los dioses de los bosques. Perdianse en vano en el aire sus gritos, cuando descubrió un jóven que dormia, apoyado contra una roca, su cabeza inclinada sobre su pecho, y caída sobre su hombro izquierdo; apoyábase un poco en el asta de una lanza: su mano sostenia apenas la cuerda de un perro que parecia escuchar algun ruido: era el sueño de Endimyon, Toda trémula, y temiendo haber profanado los misterios, póstrase de rodillas Cimodocea, y conjura la cólera de Diana.

»A sus gritos ladra el perro: se despierta el cazador. No es Endimyon; es un jóven guerrero, el amigo del príncipe Constantino, el tribuno de la legion británica: Eudoro, noble descendiente de Philopemeno, que, tornando á la pureza de las campestres costumbres, ha renunciado hace algunos meses al tumulto de los campamentos y á la pompa de la córte. Conduce á la hija de Demodoco cerca de su mansion; la pone en los brazos de su nodriza, y se aleja.

— »¡Pero qué! Un extranjero ha devuelto Cimodocea á su padre, y la hija de Homero, la sacerdotisa de las musas no ha cumplido con él los deberes de la hospitalidad. Este solo pensamiento turbaria la felicidad de Demodoco... Ya está listo el carro: vuela; llega á la Acaya, y pasa el Alfeo: un anciano se encarga de dirigir á los viajeros al campo de Lasthenes padre de Eudoro: aquel anciano es el mismo Lasthenes. En el festin hospitalario que termina los trabajos de la jornada, Demodoco, que habia presentado á sus huéspedes la antigua copa de Homero; cual una prenda de su reconocimiento,

queria hacer una libacion á los Penates de Lasthenes.

— »Deteneos, le dijo con afabilidad un anciano respetable sentado á su lado: nuestra religion nos prohíbe esos signos de idolatria.

»En efecto, el sacerdote de Homero se hallaba sentado al lado de Cirilo, obispo de Lacedemonia. ¡Oh prodigio! el harpa sagrada responde á los profanos ecos del Helicon: los Homélicas están con los cristianos.»

Tales son los cuadros que presentan los dos primeros libros de *Los Mártires*. En el color, en el estilo, en la pintura de las costumbres, en la riqueza, en la abundancia de recuerdos poéticos, se cree leer las bellas páginas de la *Odisea*. Desde el principio del libro III, un espectáculo nuevo y mas imponente, mas sublime se presenta á los ojos admirados. El cielo de los cristianos está abierto: sus mas impenetrables misterios se revelan á la humanidad. Los destinos de Eudoro y de Cimodocea se determinan en el celestial consejo. Los dos sellaron con su sangre su decision por la religion de Cristo....

La sacerdotisa de las musas ha declarado á su padre que queria ser cristiana para ser la esposa de Eudoro. Túrbase el anciano; se aflige; combate un momento la resolucion de su hija, y Cornelio cede á sus deseos. Las dos familias se disponen á marchar para Lacedemonia.

Pero ya el sofista Hierocles, el ministro de Galerio, á quien Diocleciano va muy pronto á ceder el imperio, ha dado la señal de persecucion contra la iglesia de Jesucristo. Hierocles es hace mucho tiempo el rival de Eudoro, el indigno

amante de Cimodocea. Llega á la Acaya, y decreta que se forme un padron de los cristianos.

El demonio de los celos se apodera de aquella alma feroz. Trata de castigar Hierocles, no tanto á Eudoro cuanto á la esposa designada de Demodoco. Furioso de no haberla podido arrancar al pié de los altares, la persigue hasta en los brazos de Helena, de la madre de Constantino, retirada en Jerusalem. Pronto, á pesar de la distancia de los lugares, y de todos los esfuerzos del poder humano, los decretos del cielo vuelven á Cimodocea á Italia, y los satélites de Hierocles la entregan á su perseguidor para sumergirla en las prisiones de Roma como cristiana. Entre tanto su intrépido esposo Eudoro ha confesado generosamente la fé cristiana en medio de los suplicios; y pide y obtiene la corona del martirio. Sábelo Cimodocea: una mano amiga quebranta sus cadenas: vuelta á la ternura de su padre puede desafiar en un seguro asilo las tormentas de la persecucion: pero ocúltase á los ojos de todos: vuela al anfiteatro, y se precipita en los brazos de su esposo.

Dejemos aquí hablar al mismo autor de *Los Mártires*:

«Cien mil espectadores se alzan sobre las graderías del anfiteatro, y se agitan en tumulto. Inclínanse hácia adelante; miran en la arena; se preguntan quién es aquella mujer que viene á arrojarse en los brazos de un cristiano. Estos decían: es su esposa, y es una cristiana que vá á morir; lleva la túnica de las sentenciadas.—Aquellos: es la esclava de Hierocles; la reconocemos; es aquella griega que se ha declarado enemiga de los dioses

cuando querian salvarla.—Algunas voces tímidas: ¡qué jóven, qué hermosa es!— Pero la multitud: pues bien, que sea entregada á las fieras antes que multiplicar en el imperio la raza de los impios.

«El horror, el asombro, un terrible dolor, una alegría inaudita quitaba la palabra á Eudoro: estrechaba sobre su corazón á Cimodocea: hubiera querido rechazarla; conocia que cada minuto que pasaba traia el fin de una vida, por la que hubiera él dado un millon de veces la suya. Por último, exclamó vertiendo torrentes de llanto:

— «Cimodocea, ¿qué venís á hacer aquí? ¡Dios mio! ¿debía volveros á ver en este estado? ¿Qué encanto ó qué desgracia os ha conducido sobre este campo de carnicería? ¿Por qué venís á hacer vacilar mi fé? ¿Cómo podré veros sin morir?

— «Señor, dijo Cimodocea con sollozos, perdonad á vuestra sierva. Yo he leído en vuestros libros santos: «La mujer abandonará á su padre y á su madre para unirse á su esposo.» Yo he abandonado á mi padre; me he sustraído á su amor durante su sueño; y vengo á pedir vuestra gracia á Galerio, ó á compartir vuestra suerte.

«Pero Cimodocea descubre el rostro pálido de Eudoro, sus heridas cubiertas de un inútil vendaje: arroja un grito; y en su santo transporte besa los piés del mártir y las sagradas llagas de sus brazos y de su pecho. ¿Quién podrá espresar los sentimientos de Eudoro cuando sintió aquellos lábios puros oprimir su desfigurado cuerpo? ¿Quién podría decir el inconcebible placer de aquellas primeras caricias de una mujer, sentidas á través

de las llagas del martirio? De repente el cielo inspira al confesor: su cabeza aparece radiante, y resplandeciente su rostro con la gloria de Dios. Saca de su dedo un anillo, y mojándolo en la sangre de sus heridas:

— «No me opongo ya á vuestro designio, dice á Cimodocea; no puedo querer robaros por mas tiempo una corona que con tanto valor buscáis. Si creo en la voz secreta que habla á mi corazón, ha terminado vuestra mision sobre esta tierra: vuestro padre no tiene necesidad de vuestros socorros: Dios se ha encargado del cuidado de ese anciano: va á conocer la verdadera luz, y pronto se reunirá con sus hijos en aquellas mansiones, donde nada podrá separarle de ellos. ¡Oh Cimodocea! Os lo habia predicho: permaneceremos unidos: es preciso que muramos esposos: aquí está el altar, la iglesia, el lecho nupcial. Ved esa pompa que nos rodea, esos perfumes que caen sobre nuestras cabezas: alzad los ojos, y contemplad el cielo por las miradas de la fé, esa otra pompa de un modo muy distinto hermosa: hagamos legítimos los eternos abrazos que van á sellar nuestro martirio. Tomad este anillo, y sed mi esposa..»

«La angelical pareja cae de rodillas en medio de la arena. Eudoro coloca el anillo humedecido con su sangre en el dedo de Cimodocea.

— «Sierva de Jesucristo, esclama, recibid mi fé. Sois amable como Raquel, prudente como Rebeca, fiel como Sara, sin haber tenido su larga vida. Crezcamos, multipliquémonos para la eternidad: llenemos el cielo con nuestras virtudes.»

Entre tanto la muchedumbre que veia los dos esposos de rodillas, se creia que pedian su vida. Volviendo inmediatamente el pulgar hácia ellos, como en los combates de los gladiadores rechazaban su ruego por aquella señal que los condenaba á muerte. El pueblo romano, á quien sus nobles privilegios habian hecho nombrar el pueblo-rey, habia perdido hacia largo tiempo su independencia: no permanecia señor absoluto sino para la direccion de sus placeres y como servian aquellos mismos placeres para encadenarlo y corromperlo, no poseia con efecto la soberanía si nó en su esclavitud.

El gladiador de los pórticos vino en aquel momento á recibir las órdenes del pueblo sobre la suerte de Cimodocea.

«Pueblo libre y poderoso, dijo, esta cristiana ha entrado sin corresponderla en la arena: estaba condenada á morir con el resto de los impíos despues del combate de su jefe: se ha escapado de la prision y estraviado en Roma; su genio malo, ó mas bien el genio del imperio la ha vuelto á traer al anfiteatro.»

El pueblo gritó á una voz: «¡los dioses lo han querido; que se quede y que muera!»

Un corto número, interiormente trabajado por el Dios de las misericordias, parecia conmovido con la juventud de Cimodocea: queria que se perdonase á aquella cristiana; empero la muchedumbre repetia: «¡que se quede y que muera! Cuanto mas hermosa es la víctima, mas agradable es á los dioses.»

Ya no eran aquellos hijos de Bruto que maldecian al gran Pompeyo por haber hecho combatir pacíficos elefantes;

eran hombres embrutecidos por la servidumbre, ciegos por la idolatría, y en los que se había apagado toda humanidad con el sentimiento de la libertad.

De repente resuena el ruido de las armas: el puente que conduce del palacio del emperador al circo se baja, y Galerio no dió mas que un paso desde su lecho de dolor al teatro de la carnicería. Había dominado su mal para presentarse por última vez al pueblo. Sentía que se le escapaba la vida y el imperio. Un mensajero llegado de las Galias acababa de hacerle saber la muerte de Constancio. Constantino proclamado César por las legiones, se había al mismo tiempo declarado cristiano, y se disponía á marchar sobre Roma. Aquellas noticias, llevando la turbación al alma de Galerio, habían hecho mas punzante la asquerosa llaga de su cuerpo: empero, encerrando en su seno sus dolores, ora tratase de engañarse á sí mismo, ora quisiese engañar á los hombres, aquel espectro vino á sentarse en el balcón imperial como la muerte coronada. ¡Qué contraste con la belleza, la vida, la juventud, espuestas en la arena al furor de los leopardos!

Quando el emperador se presentó, se levantaron los espectadores, y le hicieron el saludo acostumbrado. Eudoro se inclinó respetuosamente delante de César. Cimodocea se adelantó debajo del balcón para pedir la gracia de Eudoro, y ofrecerse ella misma en sacrificio.

La muchedumbre sacó á Galerio del embarazo de mostrarse misericordioso ó cruel: hacia largo tiempo que aguardaba el combate: la sed de sangre se había redoblado á la vista de las víctimas.

Gritaron de todas partes: «¡Las fieras; que suelten las fieras; los impíos á las fieras!»

Eudoro quiso hablar al pueblo en favor de Cimodocea. Mil voces sofocaron su voz.

«¡Que se dé la señal: las fieras: los cristianos á las fieras!»

El sonido de la trompeta se dejó oír: anunciaba la salida de las fieras. El jefe de los *Retiarios* (1) atraviesa la arena, y vá á abrir la jaula de un tigre, conocido por su ferocidad.

Entonces se suscita entre Eudoro y Cimodocea una disputa, memorable para siempre. Cada cual de los dos esposos quería morir el último.

— Eudoro, decía Cimodocea, si no estuvieseis herido, os pediría combatir el primero; pero ahora tengo mas fuerza que vos, y puedo veros morir.

— Cimodocea, respondia Eudoro; hace mas largo tiempo que vos que soy cristiano, y mejor podré soportar el dolor; dejadme abandonar la tierra el último.

Al pronunciar estas palabras, el mártir se despoja de su capa, y cubre con ella á Cimodocea.

Suena por segunda vez la trompeta. Se oye rechinar la puerta de hierro que dá á la caverna del tigre: el gladiador la deja abierta, y huye asustado. Eudoro coloca á Cimodocea tras de él: se le veia de pié, únicamente atento á la oración; los brazos estendidos en forma de cruz, y los ojos levantados hácia el cielo.

Suena por tercera vez la trompeta. Caen las cadenas del tigre, y el furioso animal se lanza rugiendo en la arena.

(1) Gladiadores que combatian con una red

Un involuntario movimiento hace estremecer á los espectadores. Cimodocea llena de espanto, exclama: «Salvadme.»

Arrójase en los brazos de Eudoro, que se vuelve hácia ella. La estrecha contra su pecho: hubiera querido ocultarla en su corazón. Llega el tigre adonde están los dos mártires; se levanta en pié, y clavando sus uñas en los costados del hijo de Lasthenes, destroza con sus dientes los hombros del intrépido confesor. Como Cimodocea estaba siempre agarrada á su esposo, abrió sobre él sus ojos llenos de amor y de terror; y vió la sangrienta cabeza del tigre, cerca de la cabeza de Eudoro. Al instante el calor abandona los miembros de la vírgen victoriosa: ciérranse sus pupilas; permanece colgada de los brazos de su esposo, como un copo de nieve de los ramos de un pino de Menala ó de Licia. Las santas mártires Eulalia, Felicitas y Perpétua, bajan para buscar á sus compañeras. El tigre habia hecho pedazos el cuello de marfil de la hija de Homero. El ángel de la muerte corta sonriendo el hilo de los dias de Cimodocea; exhala su último suspiro sin esfuerzo y sin dolor; devuelve al cielo un soplo divino que podria mantener apenas aquel cuerpo formado por las gracias. Cae cual una flor, á quien la hoz del rústico aldeano corta sobre el césped. Eudoro la sigue un momento después á las eternas mansiones. Hubiérase creído ver uno de aquellos sacrificios de paz, en que los hijos de Aaron ofrecian al Dios de Israel una paloma y un becerro.

Los esposos mártires, apenas habian recibido la palma del martirio, cuando se descubrió en medio de los aires una

cruz de luz, semejante á aquel *labarum* que hizo triunfar á Constantino: tronó el rayo sobre el Vaticano, colina entonces desierta, empero frecuentemente visitada por un espíritu desconocido; se conmovió el anfiteatro hasta en sus cimientos; cayeron al suelo todas las estatuas de los idolos, y se oyó, como en otro tiempo en Jerusalem, una voz que decia: «LOS DIOS SE VAN.»

El conde de Fabraquer.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial á las nueve y media misa conventual con sermón que predicará el Dr. D. Casiano Quilez, canónigo magistral. En Santa María misa mayor á las nueve. En la Virgen de Gracia misa de renovación á las ocho y media. En las Agustinas concluyen las cuarentas horas predicando por la tarde el referido D. Casiano Quilez, y dándose la Bendición.

Lunes.—En las Capuchinas dan principio los Triduos. Por la mañana á las ocho se descubrirá á S. D. M. y á continuacion habrá misa cantada, quedando expuesto el Santísimo Sacramento todo el dia; lo mismo que en los dos siguientes. Por la tarde á las cuatro se rezará la estación, seguirá la meditacion, sermón que dirá D. Vicente Morell, teniente cura de la Colegial, letanía y reserva.

Martes.—En las Agustinas misa de renovación á las ocho. En las Capuchinas predicará por la tarde D. José Carratalá, teniente cura de la Colegial.

Miércoles.—En las Agustinas por la tarde á las tres y media el diez y nueve de San José, en el que predicará el referido D. Vicente Morell. En las Capuchinas último dia del Triduo, predicará D. Antonio Sanchez, presbítero, y terminará dándose la bendición.

Jueves.—En Santa María dan principio los Triduos. Por la mañana á las nueve será la misa mayor con Manifiesto, y por la tarde á las cuatro habrá meditacion, sermón que dirán por su orden D. Rafael Amad, Pbro., don Francisco J. Guimbeu, vicario de la Virgen de Gracia y D. Francisco Ivañez, Pbro. Seguirá la letanía y reserva, terminando el último dia con la bendición.

Sábado. En la Colegial misa de renovación á las ocho, y de vigilia á las nueve y media.